



**José Tomás de Cuéllar**

## **Concha**

Todo lo que los ojos de Concha tenían de ricos, tenía ella de pobre; pero decididamente la hermosura engendra las aspiraciones.

Concha cultivaba con ahínco heroico la amistad de unas señoritas ricas.

Ya hemos visto nosotros a señoritas ricas tener amistad con jovencitas pobres, como estas jovencitas sean hermosas; éste no será un motivo suficiente, pero sucede y sucedía así con Concha.

Ésta empezó por encontrarse atribulada en materia de atavíos propios para presentarse; pero estas dificultades acabaron por desaparecer, merced al cariño de las amiguitas, quienes hicieron al fin costumbre vestir a Concha.

Esta polla no necesitaba más que plumas, distintivo esencial de la raza fina; y el primer gro que crujió a los movimientos de Concha, no se desprendía de la propietaria como podría haberle sucedido, sino muy al contrario.

El sastre y el tenor oyeron crujir aquella seda al barrer sus puertas como si hubiera pasado por ellas la Fortuna; las vecinas cuchichearon y se asomaron a sus puertas como llamadas con campanitas; y, en una palabra, el traje de Concha fue el platillo de todas las conversaciones.

Vieja hubo que, torciendo el gesto, protestara humilde y devotamente no volver a saludar a Concha; y bien averiguado que no eran ni el sastre ni el tenor los obsequiantes, toda la atención de la vecindad se concentró en buscar al protector desconocido.

El lujo que trae consigo la vanidad, trae la mentira. Concha ocultaba la procedencia de su vestido de seda.

Y bien visto, no tenía necesidad de contarlo.

Concha estuvo presentable, y sus amiguitas exclamaron entre sí:

-Ahora ya es otra cosa, ya podemos llevar a Concha al paseo, al teatro, ¡pobrecilla! [87]

-Y lleva bien el traje.

-¡Como que es tan bonita!

Concha fue invitada a comer un domingo con sus amiguitas.

La casualidad hizo que ese domingo Arturo, primo de las amiguitas, comiera también en casa.

Arturo era un pollo fino, de buena familia, y además era bonito, espigado, nervioso, pequeño de cuerpo, prometía llegar a tener muy buena barba; era pulcro, elegante, aseado, se vestía bien, calzaba bien y era simpático; era hijo único y no necesitaba buscar destino, y bien podía, como Pedrito, no saber hacer nada supuesto que tenía dinero.

Bien podía también emplear su tiempo como mejor le pareciera, de manera que en lo general no lo empleaba en nada, y podía ser vago sin título y sin riesgo.

El lector, antes que nosotros lo digamos, ha dado por hecho que Arturo y Concha estaban predestinados.

Concha pensó a un mismo tiempo en sus ojos, en el sastre, en el tenor y en Arturo.

Arturo pensó en sí mismo y en Concha.

A poco rato hablaba con una de sus primas en estos términos.

-La voy a emprender con Concha.

-¡Arturo, Arturo! -exclamó la prima escandalizándose-, te lo prohíbo.

-¿Y por qué?

-Porque es una pobre muchacha a quien queremos mucho y la hemos de defender de ti.

-Es que lo que yo quiero es quererla tanto como ustedes.

-Pero tú eres un pillo.

-Gracias, prima.

-Quiero decir, eres hombre.

-Otra vez gracias; pero todo eso no impide que me gusten mucho los ojos de Concha.

-¿Oiga? -preguntó la prima con un acento en que había tanto de ironía como de celos.

-¡Son divinos!

-Pues cuidadito; porque nosotras no lo hemos de permitir.

Esto que la prima decía, en tratándose de amor, daba el resultado diametralmente opuesto.

La oposición, la resistencia, la dificultad, lo vedado, son combustibles con que desde antaño atiza el niño amor su antorcha. Arturo no necesitaba tanto, pero la prima trabajaba inocentemente en contra de Concha.

Arturo se calló para insistir. [88]

Los ojos de Concha habían ya tejido, como los gusanos de seda, un capullo alrededor de Arturo.

Esto es lo que se llama envolver a uno en las redes del amor.

Arturo por su parte había tejido otro capullo alrededor de Concha.

Eran dos capullos electro-magnéticos, pero bastaban. Aquello no tenía remedio.

La ocasión propicia no se hizo esperar mucho.

-Concha -exclamó un día Arturo-, estoy enamorado de usted.

Concha se puso colorada.

-Es usted encantadora.

Concha no se puso más colorada.

Hubo un momento en que las dos cabezas de aquellos pollos eran dos devanaderas.

A Concha le palpitaba el corazón a pesar de estar prevenida hacía tiempo para este caso.

-¡Concha!... -exclamó Arturo, como si esa sola palabra bastara a decirlo todo.

Bien pudo ser así, porque Concha entonces miró a Arturo.

Los ojos, los de Concha, hablaron.

Arturo tomó una de las manos de Concha y la cubrió de besos antes que ésta pudiera retirarla.

Volvió a reinar el silencio.

En la música de amor no hay cosa más elocuente que los compases de espera.

Durante uno de esos compases Concha vio delante de sí ese mundo nuevo, encantado y misterioso que se aparece a las niñas a la primera palabra de amor, se deslumbró de tal manera que no pudo contestar; una felicidad desconocida cerró sus labios y sintió que se le humedecían los ojos.

Arturo la vio encantadora, como efectivamente lo estaba a través de su turbación, y la estrechó la mano.

El sacudimiento hizo brotar una lágrima de los ojos de Concha. La flor se despojó de su rocío. Muchas veces la expresión de la felicidad pura es el llanto; hay almas que gozan tanto que lloran. Concha había contestado al amor de Arturo como las flores, como las nubes, con gotas de rocío.

¡Amor, amor cuyo primer perfume es siempre puro, puerta de un edén de donde se sale con la hiel en el alma!

¿Acaso en la lágrima de Concha había aparecido el sombrío presentimiento del porvenir?

Concha inculta, Concha pobre, tenía un tesoro, su pureza; tenía un peligro, su inocencia; tenía un enemigo, su amor; tenía un mal consejero, su vanidad; todo esto delante de una realidad estoica: el pollo...

Arturo era el más feliz de los pollos.

La felicidad en el pollo es la fatuidad.

Arturo se infatuó, tosió, se compuso la corbata, encendió un puro y acercó su silla a la de Concha con la seguridad de un derecho conquistado legítimamente.

Esta actitud del pollo es uno de sus aleteos más interesantes.

En esta actitud, cuando el pollo es fino, quiere decir, de buena sangre, de familia moralizada y que no ha perdido la pureza del alma al contacto de la depravación de las costumbres actuales, entonces el pollo nada más ama, nada más espera.

Pero cuando el pollo es tempranero, cuando es de esos pollos que abundan, sahumados con humo parisién, echados a perder al soplo del precoz libertinaje, entonces el pollo en vez de amar corrompe, en vez de esperar apresura, en vez de contemplar se precipita; y el neófito de la inmoralidad moderna, aspirando a ser un Lovelace o un Riosanto, de un amor primero, de un amor puro hace un crimen, y en las puertas de un Edén abre una sentina.

Arturo había acercado su silla para ajar aquella flor, y la primera bocanada de su aliento fue corrompida.

Concha se estremeció.

En seguida estuvo perpleja, pero por fin se levantó diciendo:

-Pero yo no debo amar a usted.

-¿Por qué? -preguntó Arturo.

-Porque no debe ser, porque usted es rico, porque usted no me ama.

-¡Que no la amo a usted, Concha! Míreme usted a sus pies.

Y cayó de rodillas tomando entre sus manos las de Concha.

-Levántese usted y...

Concha no pudo continuar.

Arturo se levantó en silencio y... debemos decirlo aunque él no lo confesara... pasó algo negro sobre su cabeza, sintió como la desazón de aquel a quien su conciencia le reprende.

Concha vio en aquella nube un horizonte frío, oscuro, profundo...

Permanecieron de pie y callados por algún tiempo.

Arturo rompió el silencio diciendo con acento reposado:

-Sentémonos.

Concha se dejó caer en una silla.

-¿Cree usted que el que yo sea rico puede ser un obstáculo para nuestro amor? [90]

-Sí.

-¿Desearía usted que yo fuese un miserable?

-No, miserable no, pero pobre.

-Eso es una extravagancia. ¿Acaso no sabe usted que el dinero lo puede todo?

-Sí, menos igualarnos.

-¡Cómo no! Concha, desde hoy no faltará nada en la casa de usted; desde hoy usted tendrá todo cuanto apetezca y jamás tendrá usted penas.

-Usted tiene familia.

-Está ausente.

-Usted se avergonzará de mí mañana.

-Jamás -contestó Arturo cómicamente.

Esta entrevista, como casi todas las entrevistas de amor, fue bruscamente interrumpida, circunstancia que proporcionó a Arturo una salida honrosa.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**